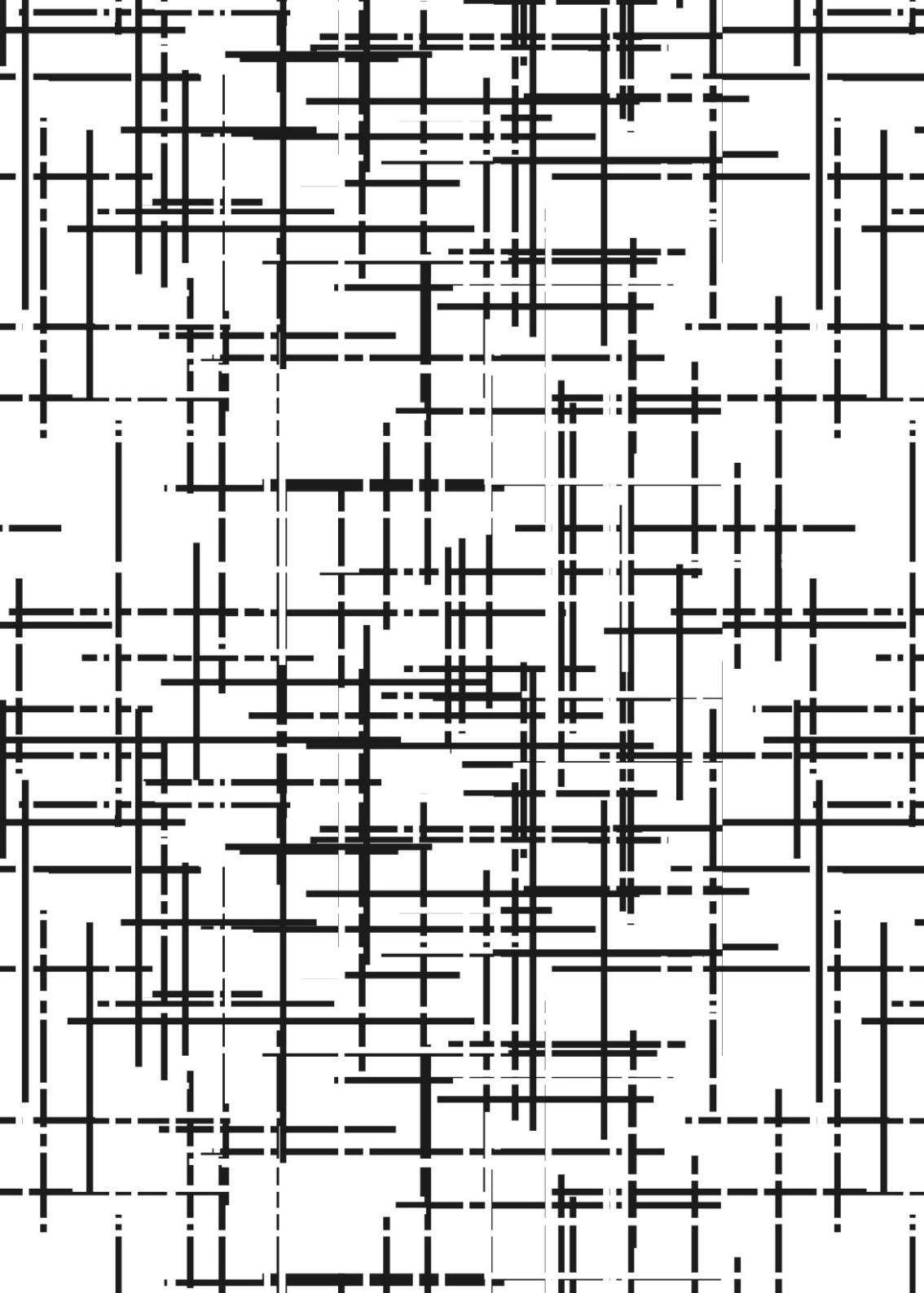




¡QUÉ DOLOR!

- © del texto: Miguel Ángel Cordente Triguero
- © maquetación y diseño: Punto Rojo Libros, S.L.
- © portada: Punto Rojo Libros, S.L.
- © de esta edición:

Punto Rojo Libros, S. L., 2016
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla, 41004
Teléfono: 911.413.306
WhatsApp: 622.843.306
info@puntorolibros.com
www.puntorolibros.com



Impreso en España • Unión Europea
Segunda edición: Enero 2017

ISBN: 9788416979523

Reservados todos los derechos.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o scanear algún fragmento de esta obra».

Miguel Ángel Cordente Triguero

¡QUÉ DOLOR!

PUNTOROJO
libros

Para Andrés

¡Qué dolor!

Canto final de Elsa de Bramante
en la opera Lohengrin de Wagner

Álvaro

Sábado, 19 de noviembre de 2.011

Estuve sentado con la pistola sobre mis rodillas, acariciándola. Enfrente, sobre la pared de papeles floreados y carcomidos, en un espejo de tienda barata, había observado mi rostro durante horas: barba de cuatro días, ojeras más allá de lo admisible para mis cincuenta años, labios resecos, el cabello corto, canoso en las sienes, un color febril en el rostro: ¡Era yo! Y sin embargo no era el yo de ayer, el yo de hacía un mes o treinta años, no era el Álvaro desesperado, casi pordiosero, que viajó a Armatierra a buscar trabajo en el dominio del diablo. El Álvaro que me observó desde el espejo conocía el amor por primera vez y lo temía como la mordedura de una cobra en los arrozales indios de Kerala, de una cascabel en los recodos pedregosos de un western fronterizo. El miedo que ese Álvaro sentía era extraño, distinto al que experimentó durante su vida en el colegio: los golpes de la regla del fraile en la mano, sus ojos fríos, inmisericordes, el balonazo intencionado de sus compañeros durante el recreo, después los caminos solitarios en las calles de la adolescencia, la presencia de un borracho frente al primer beso a una muchacha en el parque, su risa, sus bromas, y más tarde aún sus gestos copulatórios, sus pasos acercándose, la huida de la muchacha, mi propia huida. El fin de los estudios de arquitectura, la búsqueda de un trabajo, Palmira, Don Atilano, el primer coito con Elvira, la certeza de un fracaso, la boda, el nacimiento de

Teresa, el maldito paro a finales del año 2008 que se llevó mis últimos ahorros, la desesperación.

El miedo de entonces hurgó, ahondó en mí, buscando sensaciones que se hermanaran con el deseo, la pasión, un tiempo ilimitado para vivir junto a la persona elegida, el tacto de mi propia mano buscando caricias bajo la mirada instructora de ella: la mujer ¡La única mujer! Qué importaba el sacrificio de todo lo que se poseía, de lo que se atesoró y definió nuestra vida: hijo único, estudios, novio, lectura, infarto del padre, ingreso de la madre en el hospital provincial de Ávila, mi película favorita, amaneceres en la sierra de Gredos, cariño y conversaciones, abrazos a una hija que nunca crecerá lo suficiente y que se quiso con enorme bondad.

Todo eso formó el miedo y la decisión que hurgaron en mi cuerpo sin que nada los detuviera. No existió ninguna puerta, barrera o pensamiento en mí que los sujetara, murmurará o gritará: ¡Espera Álvaro, espera! Date a ti mismo un plazo para la reflexión, el razonamiento, el diálogo con lo que fuiste y aún eres, conoces y piensas: todo ello formó tu vida. Tu deseo, por fuerte e imbatible que lo creas, no es el primero que existe, la humanidad y la literatura están llenos de deseos. ¡Piensa Álvaro, piensa en los amores apasionados y su fin terrible y lacrimógeno! Piensa y razona como el hombre maduro que observas en el espejo.

Me moví incomodo en la silla, pensé en mí mismo y fui consciente de la diferencia: Yo no era un mozalbete en la Verona medieval capaz de enfadar a su familia por el amor a una joven-cita virginal, ni un cincuentón en el París donde acallaron los tangos, tampoco Diego Marcilla muerto junto a Isabel de Segura ni Paolo copulando con Francesca bajo la sombra de la espada de su hermano Gianciotto y de los versos de Dante. Tampoco Tristán ni Werther ni los suicidas que le siguieron. La persona

que dio forma a mi amor: Anita Cañas, fue una prostituta para quien yo era tan solo un empleado de Luis Culebras, nuestro jefe: el hombre que la explotó, el hombre que podía decidir: ¡Vive! ¡Muere! ¡Haz esto! ¡Vete con aquel! ¡Ven aquí!

Hasta hace pocos días Anita Cañas nunca me miró con la pasión y el desasosiego de mi mirada, lo hizo para urgirme que la trasladase al domicilio de la próxima cita cuando termina un trabajo. Me habló para ordenar que me detuviera en un bar porque tenía hambre. Quería beber un alcohol que raspase de su garganta sabores extraños. Nunca me dijo: Siéntate a mi lado. Me tocaba para ordenar que abriera una puerta o cerrara una ventana o apagará el televisor. Solía gritarme ¡Vete! ¡Quiero estar sola! Me exigía que caminara siempre delante de ella, con la pistola en la mano: ¡Vigila! Luis Culebras tiene enemigos. Soy una mercancía valiosa.

Es como si mi reflejo en el espejo, sentado en una silla barata, con la pistola en la mano, hablara y me dijera: Por esa mujer vas a matar, sacrificarás todo tu pasado: ¡Tu propia hija!

Hacia algunos meses había leído en Wiki-pedia un artículo sobre Hannah Arendt. Fue una filósofa judía alemana que padeció en un campo de exterminio, nació en 1906, y falleció en 1975. En 1961 acudió al juicio de Eichmann en Jerusalén, ignoro si estuvo en Tel Aviv durante su ahorcamiento. En un libro publicado en 1963 definió una teoría: la banalidad del mal. Eichmann, cruel, bestia, asesino de miles de hombres, cabrón, carnicero, hijo de puta no era consciente del mal que realizó, al igual que un funcionario, un transportista de naranjas, un policía o yo mismo, durante los años que trabajé en la Inmobiliaria de Atilano Fonseca o mientras estuve casado con Elvira. Eichmann se limitó a cumplir con la labor que le ordenaban sin pensar, sin juzgar, sin una moral distinta al cumplimiento del deber, sin otra ambición que ascender, un sueldo más alto, coche oficial,

chofer, acaso el saludo del jefe durante la graduación de su hijo. Sin duda hubo psicólogos, incluso juristas que contradijeron a Hannah Arendt. Ellos percibieron en los actos y pensamientos de Eichmann una ideología cruel, un odio capaz de masacrar razas y naciones, un hombre, una bestia a quien apartar del resto de la humanidad.

Sin duda Hannah Arendt no se propuso extrapolar la palabra banalidad a otros ámbitos. Yo lo hice, yo creí en la banalidad del amor. Yo, como la mayoría de los hombres, era vulgar y no elegí gozarlo ni padecerlo de una manera excelsa. Mis pensamientos no anticiparon de ninguna forma el amor que entonces sentí, no lo busqué, ni siquiera sabía de su existencia excepto en una forma literaria, mitológica, escultórica, poetas románticos suicidas junto a la tumba de la amada, el fantasma de la joven virginal dando un beso de despedida, Orfeo bajando a los infiernos, el grito del enamorado rogando a la muerte: ¡No te la lleses! o quimeras semejantes. Conocía el sexo, ¡claro!, y la diferencia cualitativa entre follar con una mujer de formas perfectas, que abrazas, besas como única en el mundo y aquella que la mayoría de los hombres calificamos de vulgar y de quien sólo esperamos un repetitivo orgasmo y la prontitud del sueño.

Aquellos ejercicios amatorios del pasado nunca pidieron el sacrificio que exige el amor, el salto de todas las normas morales sin oposición, en las que basamos nuestra vida. Semejantes al Eichmann percibido por Hannah Arendt amamos caminar en esa amoralidad inconsciente, atados a una rutina diaria: la paga del funcionario, la favorable estadística de cadáveres en las carreteras españolas durante el fin de semana, las sensaciones que te acomodan a la vida. Caminamos como el sonámbulo que vaga por una senda sin destino, sin posibilidad, sin querer despertar, preguntar ¿Dónde voy? ¡Vuelve a tu lecho!

El sudor de las dudas me empapó. Abandoné la pistola en la silla, me levanté y caminé por la sala. El sofá estaba tapizado con una tela a cuadros: azul sobre amarillo, amarillo sobre naranja, naranja sobre blanco, la mesa baja de pino, dos sillas, una con las señales del sudor de mi espalda, un escritorio junto a la puerta de la habitación. La luz provenía de una única lámpara en el techo, la persiana hasta abajo, ni una raya luminosa del atardecer, ni un olor, ni un grito de una calle que parecía haber desaparecido arrastrando transeúntes, vehículos y perros.

De repente escuché un gemido, me acerqué silencioso a la puerta de la habitación. Anita abría sus piernas sobre el pene de Tomás Horcajo, su cliente, empresario cántabro con fábrica en Valladolid que vino a Armatierra para hablar con Luis Culebras, mi jefe. Tomás Horcajo quería locales para tiendas en Armatierra y Ávila, Luis Culebras tenía muchos y quería licencias para abrir clubes en la carretera N-634 de Cantabria. Tomás Horcajo tenía influencias en los ayuntamientos de la zona. Negociaron. Luis Culebras sonrió satisfecho al estrecharle la mano ¡Anita es su agradecimiento! Continué mirando, el pene de Tomás se movía con regularidad, sin prisas, sus ojos estaban muy abiertos. Contemplé el aleteo en su nariz, el sudor de su frente: pensé en su corazón bombeando sangre como un manantial térmico, pensé en esa sangre entrando rauda, endureciendo su pene. Sus manos acariciaban los pechos de Anita, se movían por alturas y canales, se deslizaban, apretaban ¡un pellizco! Anita sonreía, muchas veces la vi utilizar ese gesto de Lolita ingenua, otra humedeció sus labios con lentitud. Como una amante experimentada estiraba su cuello, echando para atrás su cabeza y mostrando sus pechos como una avanzadilla guerrera. Tampoco parecía tener prisa ¿Para qué? Cuando acabara este servicio debía acudir a otro.

Yo la observé con interés, sus actos no eran una novedad, podía predecir cuál sería su siguiente movimiento: elevaría con lentitud sus piernas, su cuerpo hasta que en su vagina solo quedara la punta del pene, luego bajaría de golpe ¡Un gemido de placer! ¡Unas risas! ¡Otra vez! ¿Otra? ¡Sí!

Observé su rostro moreno, el cabello espeso oscilando al compás que marcaban sus caderas. Sus manos se movían por el pecho del cliente, bajaban por su vientre, hurgaban en su ombligo, acariciaban el vello de su pelvis. Se tocó ella, se humedeció los labios ella, volvió a tocarse, sonrió, dos de sus dedos acompañaron al pene de Tomás Horcajo, metieron los dedos en su vagina, hurgaron junto al pene: nuevo gemido, nuevo gesto de porno cinematográfico, se movió, osciló como una palmera movida por el viento. Después sacó los dedos de su vagina, ambas manos acompañaron sus caderas, con ellas rodeó los glúteos de Tomás Horcajo, con la mano izquierda buscó su propio ano y luego el ano del cliente, entonces introdujo los dedos, los movió con furia aún ungidos, lubricados con su flujo. El cliente se contrajo, notó y sufrió la negativa de su esfínter, trató de incorporarse, Anita sacó los dedos, de inmediato Tomás Horcajo se relajó de nuevo: ¿Estás a gusto?: ¡Sigue, sigue! Anita continuó.

Cerré la puerta, volví a sentarme frente al espejo advirtiendo los cambios en mi rostro: continuaba la barba, pero se aliviaron las ojeras, el rostro estaba tensó, el dolor febril, los labios firmes. Preparado para la batalla.

Teresa

Hace algunos años

¡Papá, papá! ¿Dónde estás? Tengo miedo, todo está oscuro. Ven a buscarme, nadie me quiere, me insultan. He gritado, grito, ruego que me ayuden una, dos, muchas veces. Golpeo las puertas del armario, son fuertes, su madera y herrajes me dañan las manos, los pies, probé y golpeé con mi costado, el hombro, las costillas también duelen. Duelen mucho papá ¿Dónde estás?

Cuando los chicos me encerraron dijeron: —Es un juego, ahora te toca a ti, después iré yo y el otro chico, también el de atrás, todos nos encerraremos, todos. Yo no quise, miré a mi amiga Luisa ¿Qué hago Luisa? Luisa sonrió con las manos agarrando los bajos de su falda: Es un juego: aseguró con voz musical, como si bailara: Tú siempre dices: No me queréis, nunca jugáis conmigo, siempre me apartáis de vosotros cuando reís o planeáis la tarde. Ahora sí te aceptamos, ahora tú Teresa, eres protagonista. Participa. Juega con nosotros como una amiga más. Y entonces acepté. Los chicos, todos compañeros de clase excepto dos vecinos de Luisa, me cogieron en volandas, gritaron: ¡Teresa, ¡Teresa, viva Teresa, la más valiente entre mil, Teresa no tiene miedo a nada! ¡Viva Teresa-mata ratones! Caminamos por el pasillo, entramos en la habitación de Luisa. Meterla en el armario del fondo: —escuché—, es el más alejado de la cocina, la madre de Luisa no oirá nada. Me bajaron. Un chico abrió las puertas, otro apartó trajes, chaquetas y faldas de Luisa, otro me empujó dentro del armario ¡Entra! Dijeron todos a la

vez. Permanece acurrucada y en silencio. No te muevas, no gimotees. Cuidado con los ratones, rió el último chico que vi cerrando la puerta.

Al principio escuché gritos, risas. También escuché que los chicos saltaban sobre el suelo de madera, sobre la cama de Luisa, golpearon puertas y paredes, uno de ellos gritó. Después murmullos y un chico que dijo: No hagáis ruido, déjala que sufra—. Luisa protestó: —¡Abran la puerta! Nos meteremos en un lio, mi mamá puede venir en cualquier momento, tiene mala leche y jamás hará otra fiesta ni yo celebraré otro cumpleaños. Ni siquiera tendré regalos. —Otro chico, parecía tarta-mudo dijo: —Quizá orine ¡Que guarra! —Otro: —Quiero oírla gritar, tiene que gritar ¿Habéis oído alguna vez un grito de miedo? Yo no. Quiero escucharlo, sentir como tiembla. Debe ser fantástico—. Una chica con voz preocupada añadió: —Quizá se ahogue y muera. Vendrá la policía. Nos llevarán a un reformatorio. —Otro: —¡Qué miedo!

Nadie más habló. Eso fue hace un buen rato, no sé cuánto tiempo, pero mucho, mucho. Ahora todo es silencio, tengo la oreja junto a la puerta del armario, percibo ruidos, pero nadie entra en la habitación. Quizá también cerraron la puerta, quizá hay alguien vigilando en el pasillo, sentado, atento a mis gritos prohibidos o a los movimientos de la madre de Luisa. Quizá su espalda se apoya en la puerta, con los pies estirados juega con su teléfono matando marcianos, enviando y recibiendo mensajes. Quizá alguien le haya escrito: —¿Grita la niña bebé? Avísanos cuando grite, quiero escucharla—. Y el chico responde: —No, aún no. Venid a sustituirme. Estoy cansado—. Y otro: —¡Aguanta la enana! Pensé que se acobardaría cuando cerramos el armario ¿Hueles a orín?, ¿a caca? ¿Vomitó? —Y el chico vigilante contestará: —No, no huelo a nada. Traerme un bocadillo y una coca cola, tengo hambre—. Y otro chico intervendrá desde su teléfono: —¡Sigue atento seguro que grita! ¡Avísanos!

No quiero gritar papá, no quiero. Si lo hago se divertirán a mi costa, se reirán, volverán a encerrarme, niña bebé, niña boba, me dirán.

Me mirarán como una mascota asustada, temblorosa ¿Queréis escuchar como grita una niña bebé cobarde, una niñata de mierda? ¡Sí! ¡Sí! Escuchen a Teresa.

No papá, no quiero que me señalen como a un animal de circo o como a la mascota casera a quien se llama con un gritito o un gesto de la mano: ¡Salta! Salta para las visitas vean cómo saltas y te doy una galleta, toma chiquitina ¡Que obediente eres! Ahora, vete, vuelve a tu cesta, no molestes, las personas mayores tenemos muchas cosas de las que hablar. No Papá, yo quiero ser como el resto de los chicos del colegio, quiero caminar, estudiar, jugar como ellos, junto a ellos, quiero que me miren como miran a otras chicas y tener esperanzas. Y un día, al atardecer, sentados en un parque o saliendo del cine, recibir las miradas del chico más guapo del colegio, será un día especial, él me llamará, me hará una caricia, me dará un beso, una proposición que rechazaré: —Aún soy joven—, responderé. No temas papá, nada de eso llegó aún, sólo son esperanzas, ilusiones, los sueños junto a los que duermo. Ahora sólo tengo miedo, miedo a quedarme para siempre en este armario lleno de ropa bonita y sombreros floreados, zapatos de color cielo y muchas cajas con muñecas. Es el armario de mi amiga Luisa. Ella me invitó a su fiesta de cumpleaños y yo le traje un regalo ¿Te acuerdas papá? Tú lo compraste, un CD con el holograma del rostro de Dani: lo mueves y zas: Dani diablo, lo mueves y zas: Dani ángel. Le gustó, a todo el mundo le gustó, también a la madre de Luisa. —Es original—, dijo, —muy original—. —¡Lo compró mi Papá! —Contesté. —Mi papá siempre me cuida, ¡gracias papá!: elegiste muy bien, fue el primer CD que Luisa puso en su equipo de música, sonaba maravilloso. Bailamos, bailamos mucho, la madre de Luisa nos ofreció bocadillos de jamón y queso, canapés, barquitas rellenas de ensaladilla, nos entregó muchas servilletas, nos avisó queuviésemos cuidado con el suelo, nada debe ensuciarlo, nada debe caer, comeros todo.

Tengo miedo papá, ya empecé a tenerlo cuando uno de los chicos me ofreció una coca cola. Yo supe que tenía alcohol, lo supe sin probarla,

olía mucho, pero bebí: ¿por qué?: el chico dijo que bebiera y lo dijo el chico que estaba a su lado y Luisa también lo dijo: ¡Bebe, es mi fiesta de cumpleaños! ¡Todos bebemos! Bebí, bebí y el chico dijo que bebiese sin miedo, la madre de Luisa estaba en la cocina y bebí y el chico me agarró para bailar y rio y dijo que era como bailar con una niña bebé y yo dije ¡Suéltame! No me gusta que digas eso, tengo tu edad, vamos a la misma clase. Pero el chico no me soltó, continuó riendo, dijo que yo tenía razón, íbamos a la misma clase pero que nadie me veía, era imposible verme, cualquier pupitre me ocultaba. También su coca cola tenía alcohol y yo no quise gritar que me hacía daño o que era un bruto, no quise que Luisa ni su madre pensarán que era una niña bebé asustadiza como dijo el chico, no podía consentirlo y callé y el chico me subió a volandas cogiéndome por las axilas y empezó a darme vueltas, muchas, y tuve miedo de que se cayera al suelo y yo me cayera con él y me hiciera daño y sólo fui capaz de mirar sin cesar a la cocina: Madre de Luisa ¿dónde estás? —rogaba sin cesar—, madre de Luisa suelta el teléfono, deja de hablar todas las tonterías de las que hablas con las demás madres, incluida con la mía, y ven, dile al chico con cara de gibón que deje de comportarse como una bestia, que me suelte, me hace daño, nos caeremos, nos haremos más daño. Pero la madre de Luisa no apareció y el chico reía y Luisa y los otros chicos también reían, aplaudían, gritaban: ¡Más más, hasta volar, hasta llegar a las estrellas! Suéltame, nunca volaremos, —grité yo—, vaya tontería, sólo nos caeremos. Nadie llega a las estrellas ¿Verdad Papá? Y volví a gritar: Nunca volaremos. Pero empecé a marearme y rogué: Mamá de Luisa ven y ordena: Suéltenla, suéltenla bestia con rostro de gibón. Luisa ¿qué clase de chicos van a tu colegio? No quiero volver a verte con ellos, sólo con Teresa, a esta casa sólo vendrá Teresa ¿Me escuchas? El resto son bestias ¡Suelten a Teresa! Pero la mamá de Luisa continuó hablando por teléfono. No vino.

¡Papá! Dentro del armario todo sigue oscuro. Fuera sólo hay silencio. Hay tiempo para pensar y pienso. Pienso en ti. Tengo miedo de

ser como tú. Sí papá, eso es lo que pienso, perdóname, pero no quiero vivir arrinconada lejos de la luz, entre las burlas de mis compañeros, no quiero vivir como tú que vives rodeado de las burlas de mamá, sus amantes, tu jefe, los vecinos. Sé que lo sabes a pesar de tus ojos cerrados como si vivieses siempre en este armario. Mamá con Román, mamá con todos los negros y sudamericanos de Ávila, incapaz de separar su trabajo altruista en la ONG con su comportamiento de mama-puta, folla inmigrante en la sala de atrás, entre ropa de segunda mano, entre expedientes de torturas y peticiones de asilo. No quiero vivir acobardada por los sucesos del día como un anciano en el hospital pendiente de análisis o las palabras de médico: ¡Muerte! ¿Ya llegó? Sí, eso me temo ¿Quiere que avisemos a su familia? ¿Quiere ver un sacerdote? ¡No! Me urge ser normal, vivir como el resto de la gente, sin temor. No quiero cruzar la calle y escuchar risas. No te lo recrimino ¡No! Y sé que la pasividad no es hereditaria y que tu temor no tendrá reflejo en mí. Me duele observar tus noches sin esperanza frente al televisor, frente a un partido de fútbol que apenas te emociona, esperando que mamá aparezca, que mamá llame, sin atreverte a pensar dónde, con quién está, como si mamá fuera un fantasma que se mueve al capricho de coordenadas y emotividad ajenas a las tuyas. También me duele verte contemplar el teléfono que en cualquier momento puede sonar y del otro lado la voz de tu jefe gritará tu nombre y te ordenará: —¡Inútil! Ven al trabajo, firma los proyectos: Aquí, en el plano, también en el presupuesto de los materiales. Tu carrera de arquitecto sólo sirve para eso, para firmar, dar legalidad lo que un vulgar albañil como tu jefe ha creado—. Me gustaría tanto testificar tu ira, el grito contra el jefe, la defensa de tu trabajo, tu puño sobre la mesa de la cocina, frente a mamá: La fidelidad, —dirías si fueras valiente—, es una promesa, la forma de vida que me enseñaron mis padres, cumple con tu palabra y folla sólo conmigo. Pero no lo haces papá, sólo murmuras cobardemente. Yo te escucho cuándo dices: Es la naturaleza de cada hombre. Somos distintos, yo no disfruto con lo que hace disfrutar al vecino, nunca mataría

por el mismo motivo que mata otro hombre, no amo como tu maestro, nunca odiaría como el operario que cuida el jardín. Lo entenderás Teresa, aún eres una niña. Aprenderás a aceptar a las personas como son, sobre todo a ti misma cariño.

¡No papá, no quiero entenderlo!

Papá ya no tengo miedo, la madre de Luisa abrió la puerta. Me observó como si hubiese visto un alienígena o un abrigo enterrado junto a su abuela, creo que bebió los restos de mi coca cola y la de los otros chicos ¡Está borracha! No dijo nada. Salió dejando las puertas, armario y habitación, abiertas. En el salón Luisa y los otros chicos jugaban a la guiya sentados en el suelo, ninguno me miró, no preguntaron. Nadie se disculpó. La madre de Luisa caminó hasta la cocina. Vi como llenaba otro vaso con un poco de coca cola y miraba por la ventana.

¿Será así mi vida? ¿Me dañará todo el mundo sin remordimiento?

¡Papá! ¡Por favor! Tienes que venir a buscarme. La madre de Luisa tropieza con muebles y la alfombra, grita: —Quiero acostarme. Me duele la cabeza. Marcharos a vuestra casa ¡Deprisa! Todos salieron, Luisa cerró la puerta y todos quedamos en la calle. El chico que me cogió a volandas en el baile me agarró el pelo ¡Suelta, bestia, me haces daño!, —le grité—. El chico rió, mordió mi oreja y dijo: —La guiya te condena, niña bebé, niña tonta con los pies torcidos. Antes de que llegues a tu casa un perro negro te morderá, arrancará tu cabeza y se la llevará a las ratas—. El resto de los chicos lo corroboraron: —¡La guiya va contra ti niña bebé, mini niña con los brazos cortos! —Se fueron corriendo.

Llamé a la puerta de Luisa. Nadie contestó y llamé más fuerte: ¡Abre Luisa, por favor, déjame entrar y esperar a mi papá! Luisa abrió sin quitar la cadena y dijo: —¡Vete! Mi mama está en la cama. Nadie entra sin su permiso—. ¡Por Favor, ¡Luisa, tengo miedo a los perros! Tu mama me quiere. Sabe que soy buena. —¡Vete, vete! —Cerró la

*puerta. Retrocedí. Desde el otro lado de la calle los chicos gritaron:
—Guau, guau. ¡Muerde a la niña bebé tonta!*

*¡Papá! Estoy sentada en la puerta de la casa de Luisa, tengo miedo
y pronto será de noche.*

Al principio (finales de junio del 2010)

Álvaro Olivar pasó el puerto del Ostión, dejando atrás la carretera de Piedrahita. La cuesta de bajada es empinada y el trazo tortuoso, Álvaro aminoró la marcha. Poco después cruzó el puente sobre el río Yerro a las afueras de Fuentestientas, construido durante la posguerra para llevar el tren a Armatierra. La empresa falló y los ayuntamientos de la comarca de Armatierra ensancharon el puente y desviaron por él la carretera, evitando varios kilómetros de una ruta tortuosa que bajaba hasta el lecho de los barrancos, cruzando viejos puentes medievales, soportando los continuos desprendimientos. Bajo el puente el cauce del río Yerro estaba retenido por una pequeña presa, junto a ella había un antiguo molino, hoy hostel que mantenía el nombre de su ocupación original, 'El Molino', también la caseta con la vieja rueda de rotas aspas. Cuando empezó a subir la cuesta que hay tras el puente, Álvaro escuchó el teléfono. Nervioso y algo expectante se registró la chaqueta, el bolsillo de la camisa, el pantalón, giró la cabeza, el asiento de atrás estaba vacío. Lo encontró sobre el salpicadero del coche. Reconoció el número.

—¡Teresa cariño! ¿Qué ocurre?

—¡Papá! ¡Hola papá! Creí que no cogerías el teléfono. Empezaba a preocuparme y a pensar cosas malas.

—¿Cosas malas?

—Pensé: Mi papá me ignora, está harto de mí y nunca volverá a quererme. No es justo. Yo soy buena, soy la misma Teresa que fui antes de marcharme de casa y de Ávila. La Teresa niña

que mi papá acunaba y llevaba a comprar trajes floreados y cintas para el cabello color de cielo.

—Yo te quiero cariño. Eres la persona que más quiero en este mundo y me acuerdo de las cintas color cielo y de los zapatos con mariposas. No debes pensar cosas malas. Por favor Teresa no lo hagas.

—Ya no importa papá. Ya pasaron los malos pensamientos y pondré todo mi empeño para que no vuelvan ¿Dónde estás?

—¡Conduzco!

—¿A dónde?

—Tengo una cita en Armatierra, cariño. Hace dos días me encontré con Luis Culebras, un antiguo socio de mi jefe ¿Te acuerdas del señor Fonseca?

—Claro, papá. Era gordo y maleducado. Blasfemaba gritando sin cesar y su rostro siempre estaba rojo, como si bebiera sangre. Cuando le veía me cubría los ojos, corría hasta el asiento de Palmira gritando: ¡Protégeme! Daba miedo.

—Sí, así era mi antiguo jefe, daba miedo. Luis Culebras me prometió un empleo. Le llamé y hemos quedado hoy. Voy a su casa.

—¡No papá! ¡No vayas! Luis Culebras es un hombre malo, muy malo. Te pegará, incluso puede torturarte o matarte.

—Estás exagerando cariño.

—No, no exagero nada y deberías escucharme y darme la razón. Sé que Luis Culebras es dueño de muchos casinos clandestinos donde se roba y mata a inocentes camioneros, trafica con drogas duras y prostitutas: ¡Es el chulo más grande de Ávila!

—¿El chulo? —Sonrió Álvaro al escuchar el vocablo.

—También dicen que durante años estafó a los terratenientes y constructores de Armatierra. A los primeros les robó las tierras para construir apartamentos, casinos, bares oscuros y campos de golf, también para ampliar pantanos y construir puertos deportivos inaugurados con prisa y sin barcos. A los otros le dejó las deudas, los créditos bancarios, los futuros embargos y los edificios a medio construir, llenos de chatarra y sanitarios rotos. Incluso le acusan de haber matado al antiguo propietario del palacete donde vive, ¿Alvaluenga? Sí, ese es el nombre ¡Alvaluenga! No deberías ir papá. Para el coche, da media vuelta y regresa a Ávila. Ese hombre es muy malo. Trabajar para él te hará también malo.

—Basta cariño ¿Quién te cuenta esas historias de terror?

—Los amigos de Fidel. Son muy listos. Conocen a mucha gente, tienen tiempo libre y escuchan lo que dicen. Aseguran que Luis Culebras es el jefe de todos los hombres malos de Ávila. Él es el principal responsable de los delitos de la comarca. La policía lo sabe, pero lo consienten porque libre paga más sobornos que en la cárcel.

—Fidel y sus amigos son traficantes de drogas. No son idóneos para acusar a nadie.

—No digas eso papá. No es justo. Las drogas que vendemos se fuman, te ponen la cara sonriente y el corazón cariñoso y se olvidan con un buen sueño. No matan a nadie. Luis Culebras trafica con drogas de verdad. Sus drogas se clavan en la carne y muerden y muerden hasta chupar la vida.

—Tú, Fidel y sus amigos vendíais las drogas en las puertas de los colegios, a chicos que acababan de tirar el Chupa-Chus ¿Lo olvidaste? Tuve que pagar mucho dinero de fianza para sa-

carte de la cárcel. El juez me hizo prometer cuidarte y estar pendiente de todos tus actos. Eso me dolió mucho. Le dije que yo siempre te cuidé, el juez me miró burlón ¡Vaya padre! pensaría.

—Lo sé papá. Yo te juré comportarme bien, como lo hacen Luisa y sus amigas y el resto de las chicas que pasean por Ávila cogidas de la mano y cruzan los semáforos cuando se enciende el hombrecillo verde.

—Así fue —Álvaro suspiró lamentándose de que su hija continuara con un lenguaje tan infantil y cambió el teléfono de mano—. Acababan de despedirme, pedí dinero a tu madre para pagar la fianza. Tienes que ser juiciosa ¡Me lo prometiste!

—Eso ocurrió hace mucho tiempo papá ¿dos años? Entonces yo era una niña tonta, me asusté cuando los policías me cogieron por los brazos en la puerta del colegio. Uno de ellos, el más guarro, se rio de mí, —niña bebé, peso pluma—, me dijo. Quiso saber quién era Fidel y el nombre de sus amigos. Me amenazó con un calabozo maloliente y torturas infames. Desde entonces aprendí muchas cosas. Te prometo que ningún policía cruel con granos en la cara y manos sucias volverá a detenerme, tú no tendrás que ir a la comisaría ni a pagar ninguna fianza por mí.

Durante unos segundos nadie habló. Álvaro pensó en insistir sobre la necesidad de que Teresa estuviese en Ávila para el juicio. Calló. Tenía pocas esperanzas y el silencio espesó el aire del coche. Álvaro empezó a sentirse molesto, casi desesperado por el malvivir Teresa. Abrió la ventanilla.

—¡Papá!

—Dime cariño.

—¿Quién me cuidará si Luis Culebras te hace daño y te ingresan en un hospital?

—No digas tonterías cariño. Nadie va a dañarme. Leí todo lo que dicen de Luis Culebras, de su influencia sobre los alcaldes y el resto de las autoridades de Armatierra, de su enriquecimiento a costa de sucios negocios. Leí todo lo escrito sobre la muerte del señor de Alvaluenga. Nadie acusó a Luis Culebras. La asesina fue una prostituta llamada Yolanda Ramírez, Rogelio, su novio, la ayudó. Ambos desaparecieron después del crimen La policía aún les busca.

—Fidel dice que Luis Culebras mató a la prostituta y arrojó su cuerpo a un pozo profundo o al fondo de un barranco, dice que las ratas se la comieron. La policía debería buscar sus huesos en el barranco de Raviol, es el más profundo de Armatierra.

—¡Basta, ¡Teresa, no digas más tonterías! Llevó más de dos años en paro. No tengo dinero ¡Trabajaría con el diablo!

De nuevo se impuso un silencio turbio entre los dos. Álvaro detuvo el vehículo junto a un terraplén. Al otro lado del barranco está el pueblo de Fuentestientas. A la entrada el antiguo molino en cuya restauración trabajó Álvaro hace años, en lo alto del pueblo la iglesia y el mirador, una auténtica terraza sobre el cauce del río Yerro, el pantano de Vérdago y la comarca de Armatierra. Un aguilucho volaba solitario. Dio un par de vueltas sobre el coche y se precipitó hacia el barranco. Durante un instante miró hacia abajo con el pretexto de hallar el cuerpo de Yolanda. Siempre fue propenso a entretenerse con actos o palabras ajenos a él.

—¿Ganarás mucho dinero?

—No lo sé, ni siquiera sé cuál será mi trabajo. Vi a Luis Culebras en Ávila, salía de un despacho de abogados. Protesté porque uno de sus guardaespaldas me impidió el paso, Luis Cule-

bras me saludó, conversamos. Antes de despedirse dijo que hacía unos días se había acordado de mí. Siempre le parecí un hombre muy listo.

—¡Listo!

—Eso dijo. Después me preguntó si quería trabajar para él. Balbuceé un sí tímido pero urgente y agradecido. Luis Culebras rio, recuerdo sus palabras exactas: —El paro y la necesidad hacen extrañas parejas ¡Acércate a Armatierra y hablaremos!

—Debiste preguntar cuál sería tu trabajo.

—Imagino que quiere hacer una nueva ampliación del palacete o arreglar las torpezas del señor Fonseca en la última restauración. Quizá me quiere como asesor para sus negocios inmobiliarios ¡No sé!

—Seguro que es para un trabajo muy importante. Él lo dijo y yo lo corroboré: Mi papá es listo, muy listo.

—Gracias cariño. Muchas gracias. Estoy pasando unos años muy duros. Necesito trabajar.

—¿Le preguntaste cuánto te pagará?

—No cariño. No me pareció buena idea. Lo importante es conseguir el trabajo y te aseguro que cualquier sueldo me vendrá bien.

—Papá tengo que decirte una cosa, pero promete que no te enfadarás.

—Yo nunca me enfado contigo, Teresa bonita, cariño ¿Qué tienes que decirme?

Teresa tardó en responder. Álvaro se movió nervioso en el asiento, incluso creyó percibir los regueros de sudor que corrían por su espalda. En el aire, sobre el barranco, volvió a aparecer el aguilucho. Se posó sobre las ramas retorcidas, añejas de un pino silvestre que salía de las rocas como un flujo de lava. En el pico,

el aguilucho llevaba un objeto negro, Álvaro imaginó un trozo de carne podrida.

—Papá tienes que ayudarme. Anoche nos echaron del apartamento, el dueño dice que le debemos tres meses. No me dejó coger la ropa, tengo frío.

—¡Teresa! Te envíe dinero hace una semana. Eran todos mis ahorros.

—Ya no lo tengo ¡Se gastó!

—¿Cómo? Te lo di para pagar el apartamento. Esa fue la única condición.

—Papá, Fidel lo debía. Compró hachís para venderlo en un botellón en San Blas. Esa noche llovió, hizo frío y Fidel lo fumó con unos amigos, después se durmió y olvidó la deuda. Dos traficantes entraron en casa dos días después, le pegaron a Fidel, amenazaron con romperle las piernas y tirarme por la ventana como si fuese una muñeca.

—Teresa cariño. Lo que dices es horrible. No puedes seguir con ese desgraciado de Fidel. Te hará daño, siempre está drogado, siempre tiene deudas y vendería a su madre o a ti por un canuto o una botella de vodka. Tengo miedo cariño. Vuelve a Ávila. Hablaré con tu madre, ella olvidará tus insultos y aceptará que regreses a casa. Cuando gane el primer sueldo buscaré un piso para los dos ¡Nos arreglaremos! Seremos felices de nuevo.

—Fidel no quiere, dice que nosotros no tenemos nada en Ávila, mejor subsistir en Madrid, es más fácil encontrar el hachís, vendrá una buena racha ¡Ya lo verás! Sólo nos hace falta un poco de ayuda. Habla con tu padre, —me pide—, ¡Llora, quéjate! Papá necesito que me envíes dinero, mil euros bastarán, quiero volver al apartamento. Pronto llegaran la lluvia y el frío y no soportaré estar en la calle.

—Te di lo que tenía. Lo siento, era el resto de mis ahorros. No me queda nada.

—Seguro que guardas algo. Fidel dice que los parados cobráis por todas partes, vais a la oficina de empleo, lloráis un poco, la funcionaria se compadece y os llenan los bolsillos de euros ¡Envíanos algún billete! Seguro que tienes cuatrocientos euros en algún bolsillo. No puedes permitir que duerma en la calle, Fidel asegura que necesita un colchón, le duele la espalda. Por favor Papá, envíame dinero. Fidel dice que no lo ingreses en el banco, la cuenta está en rojo, recibimos muchas reclamaciones, nos amenazan con juicio y cárcel y se lo quedarían.

—¡No puedo! Teresa cariño, te juro que no tengo nada, apenas pude echar gasolina al coche. Abandona a Fidel, ese cabrón sólo te hace daño. Vuelve a Ávila. Seguro que encuentras a un muchacho trabajador, alguien mejor que Fidel.

—Papá soy una niña bebé, una mini niña con las piernas torcidas. Envíalo, por favor, envíalo por giro a mi nombre o a nombre de Fidel ¡Lo necesito!

—No lo tengo cariño ¡Maldita sea! No tengo dinero. Llevo casi tres años sin trabajar. Sabes que el señor Fonseca nos engañó, nunca cotizó a la Seguridad Social por sus empleados, simplemente se lo gastó. Todos mis ahorros acabaron hace tiempo.

—¿Por qué me odias papá? ¿Qué te hice para que me trates cruelmente? Sabes que necesito el dinero, si no lo envías pasará toda mi vida entre cartones, sin ropa, sin Fidel, sola, a merced de los depravados y de los virus gripales. Quiéreme un poco, por favor, sólo un poco. Recuerdo cuando me llevabas y me recogías de las fiestas en casa de mis compañeros de colegio, cuando espantabas a los perros ¿Por qué no me quieres como entonces? Envía el dinero, soy tu hija ¡Teresa!

—¡Escúchame, cariño! No te odio, hija, te lo aseguro, eres a quien más quiero, todos mis pensamientos son para tu bienestar y siento mucho, muchísimo no poder ayudarte.

—No te creo, papá. Eres malo, muy malo.

Teresa colgó, siempre actuaba de la misma forma, pensaba que su padre necesitaba recapacitar y estaba convencida de que, al final, la cuidaría enviándole el dinero, siempre lo hizo.

Álvaro arrancó. La carretera bordeaba el barranco Raviol, las paredes eran altas y verticales. Al fondo el agua del río Yerro corría sin fuerza, a veces formaba balsas profundas y oscuras como murciélagos. Antes de llegar al cruce de la finca de Luis Culebras vio el pantano de Vérdago, donde el río Yerro moría, frente al pantano estaba Peñalba, la ciudad más grande de Armatierra. A su izquierda después de una pequeña loma, se abría el valle del Pestiño, el más grande y fértil de Armatierra.

En el cruce, un cartel con la palabra Alvaluenga, señalaba el desvío hacia la finca de Luis Culebras. El escudo del cartel había sido tachado con espray negro. Álvaro giró. Veinte kilómetros después llegaban a la finca de Luis Culebras. Las antiguas rejas de hierro forjado habían sido sustituidas por dos puertas de metal blindado. Álvaro aminoró la marcha.

—¿Traes putas?

El hombre que lo preguntó vigilaba la entrada a la finca de Luis Culebras. Era inmenso, observó a Álvaro y observó el Fiat. Sus ojos entornados, muy juntos, medio ocultos por su cabello negro, lacio. Su caminar torpe, su espalda encorvada, sus manos grandes y sudorosas le asemejaban a un cíclope de ojo alargado en busca de su comida/placer del mediodía. Mantuvo cerrada una de las dos puertas de la entrada. Sobre el pilar donde estaban las bisagras había una cámara de seguridad. El hombre se

acercó a Álvaro, caminó alrededor del coche y abrió la puerta de atrás, tentó, levantó la carpeta con los planos y proyectos.

—¿Dónde están?

Álvaro se encogió de hombros atemorizado, incapaz de relacionar la pregunta con las supuestas y ya malditas putas. Se movió nervioso en el interior del coche, comprobó que el seguro estaba echado, las manos en el volante, su pie en el acelerador. El hombre cerró la puerta de atrás con un golpe que hizo temblar el coche. Se acercó a Álvaro con paso lento, cuidadoso, como si el traspíe y su temor a caer fuese una costumbre en él. Su manaza se apoyó sobre la puerta del piloto. Se inclinó, su aparente único ojo observó el interior del coche durante varios segundos, recorriendo a Álvaro, como un detector de mentiras gesticulares, como una extensión de la cámara sobre el pilar. De repente, como si un dedo divino y de comic le hubiera tocado la frente, pareció reaccionar: Retrocedió un paso, caminó dos pasos más hasta la garita, miró hacia el interior de la finca, observó el vehículo y volvió a observar a Álvaro. Se acercó golpeando la puerta con la rodilla. No fue un golpe fuerte, sólo un aviso. Álvaro le hizo caso y bajó el cristal. Un tufo de noches en la garita y de sexo seco entró en el coche como una bandada de pájaros diminutos y hambrientos.

—¿Eres Álvaro? ¿Vienes de Ávila? ¡Contesta, coño!

Álvaro afirmó con la cabeza. Continuaba nervioso. Pasó la mano por su cartera, la acarició, ignoraba si necesitaba identificarme. El malhumor del guarda, sus gritos, su demostración de poder le debilitaba. Siempre le ocurrió lo mismo ante la fuerza, sea apoyada en la ley o exenta. Sentía como si aquel gigante viviera, comiera, defecara en un mundo ajeno al suyo, su noción del delito no era la suya, su fuerza no era la suya, su educación, su pasado, sus reacciones estaban alejadas de todas

aquellas que Álvaro había conocido, eran intempestivas. Ni siquiera su sangre, en caso de ser derramada, sería semejante a la de Álvaro. Su presencia le atemorizaba, pero tampoco era capaz de pisar el acelerador, sortearlo y sortear la puerta cerrada, correr hasta el palacete y guarida de Luis Culebras, responder a su invitación para visitarle y su promesa de trabajo. De repente pensó que el gigante era una prueba para resolver, semejante a un examen, a la vela de un antiguo caballero antes de probarse la armadura, una prueba que sería incapaz de superar. Pensó en el herbívoro asustado ante las garras del depredador, su temblor lo paralizaba, el miedo lo mataba antes que el alcance la primera dentellada. Álvaro se convenció de que yo era como ese herbívoro cobarde y me odió a mí mismo, odió su propio miedo y eso le debilitó aún más. Las palabras de Teresa, repetitivas durante años hasta la saciedad, le llegaron desde un pasado, ya inevitable.

¡Papá! Te llaman cobarde ¿Lo sabes? Todos los vecinos lo dicen: —Tu padre, tu papá es un cobarde—. —¿Cobarde? —Pregunto: ¿Por qué? ¿Por qué mi papá es un cobarde y vosotros no? Ríen. Gritan: —Tu mama hace cosas que las otras madres no hacen. Sus maridos no lo consentirían, se portan como hombres. Tu papá no. Tu papá no es capaz de poner sus huevos delante de tu mamá y gritar ¡Basta!

Álvaro balbuceó el nombre de Luis Culebras, su futura promesa de trabajo debía un salvoconducto ¡Tenía que serlo!

—¿Y no traes putas? ¿Seguro?

Álvaro negó con fuerza.

El guarda pareció reaccionar, lo hizo con su lentitud acostumbrada, con gestos medidos, como el gigante de una película de animación de los años '60: primero un paso, después otro,

una pausa antes del tercero, la mirada escudriñadora, la bocaza amenazante, los dientes rotos en centenares de peleas.

—¡Entra! ¡Me engañaron! Dijeron que tú traerías a las putas ¡Me engañaron! —Dio un manotazo al capó, el coche tembló de nuevo. Retrocedió un paso, volvió a mirar la entrada a la finca —¡Cabrón Jaime, cabrón Tono! Les cogeré más tarde. Juro que nunca más volverán a burlarse de mí. Me creen tonto. Creen que con este corpachón no tengo cerebro. La sangre no le riega, dicen ¡Riámonos del tonto! —Su rostro apareció por la ventanilla, la boca abierta, algo babeante, su único ojo alargado y escudriñador miraba fijamente a Álvaro. Habló como si sus palabras lo justificaran y buscara el consenso de Álvaro para castigar a quienes le mintieron. Continuó contando: —Fue esta mañana, poco antes del amanecer. Yo dormitaba en la garita y ellos me despertaron con sus bocinas y faros. ¡Acércate, traemos una puta! Me dijeron. La vi, estaba en la parte de atrás del coche. Vestía unos pantalones vaqueros, camisa verde y unas zapatillas abiertas. Llevaba el rostro cubierto por un jersey oscuro, parecía tiritar. Tono la sujetaba. No me dejó tocarla.

—¡Enseñármela! —Les rogué.

Tono se negó, dijo: —El jefe no quiere que nadie la vea. Es la puta que mató al viejo Alvaluenga. Hace meses que la buscamos.

—Ten paciencia. Antes del mediodía vendrá un tal Álvaro. Él traerá las putas. —Dijo Jaime mientras arrancaba.

—Ponte guapo. —Gritó Tono.

¡Me engañaron! —El gigantón se incorporó y terminó de abrir las puertas de metal. —¿Vendrás más tarde? —Preguntó. —Las putas del Peñalba están lejos. No sé conducir.

Álvaro arrancó sin un gesto, sin lograr entender de qué le hablaba el guarda. Mientras conducía le miró por el espejo re-

trovisor, permanecía de pie, mirando el coche. Parecía un personaje de una antigua película de tramperos que, entre las frías aguas del Canadá, esperan una mujer comprada en las cárceles de Irlanda con un dinero de años. En el puerto festejan la llegada del barco, más tarde su desesperación cuando el capitán del barco les informa que no hubo suficiente dinero o que no hay mujeres en las cárceles de Dublín o cuando son conscientes de que el capitán se larga con su dinero ¡idiota trampero! a quien solo le queda una nueva espera anual, su frío, su whisky.

Un camino de tierra llevaba hasta el antiguo palacete del Señor de Alvaluenga, cipreses y castaños de indias lo bordeaban, tras ellos encinas, pinos, alguna sabina, muchos matorrales aromáticos, dos, tres casetas de guardia derruidas, todas con el escudo familiar sobre la puerta. Era una de las escasas fincas ancestrales que quedaban en Armatierra. Luis Culebras la compró pocos meses antes de la muerte de su propietario a muy bajo precio. La crisis había arruinado Armatierra y las constructoras, los comercios, las escuelas de idiomas y ayuntamientos quebraron, los últimos en quebrar fueron los terratenientes. Sus familias habían hecho fortuna durante la primera guerra mundial, exportando la carne de oveja que paliaba el hambre en Europa, no importó el bando. Transportaban los corderos en carros recién adquiridos por caminos asolados, azotando caballerizas, subiendo al puerto del Ostión, bajando cincuenta kilómetros hasta Piedrahita. Unos camiones los llevaban hasta Valladolid y desde allí a la frontera francesa. Los tratantes europeos pagaban y se encargaban del resto. A los terratenientes les quedó el dinero y actuaron como reyezuelos del Medioevo. Asolaron los bosques de la comarca, crearon zonas de pasto, consumieron el agua de las corrientes subterráneas y condenaron a Armatierra a depender para siempre de pantanos y cisternas. Su herencia consistió en viajes a Europa y América, disfrutar de los mejores

hoteles, abrir el champan en Maxin's, arrojar las botellas en Pigalle y bañarse en las fuentes de La Concorde, pagar la educación más exquisita en los internados suizos, parlotear en francés y gastar el dinero de papá en Montecarlo o Biarritz. Alguno de ellos adquirió título nobiliario, fueron recibidos por el papa o pasearon por el palacio de Oriente en Madrid, pagando deudas reales.

Álvaro firmó el proyecto de ampliación del palacete. El señor Alvaluenga lo propuso en la primavera del año 2006, Atilano Fonseca, dueño de la inmobiliaria donde trabajaba Álvaro, lo puso sobre su mesa:

—¡Firma, tengo prisa!

—¿Qué es?

—¡Y a ti qué coño te importa! Firma. Para eso te pago.

Ese día Álvaro conoció a Luis Culebras.

En el museo del Prado hay algún cuadro que representa a Baco entre ninfas, sátiros, beodos o niños que orinan y vomitan. Baco es obeso, los pliegues carnales semejan banderas de su dominio, los mofletes rojos, labios gruesos y sonrientes, manos, pies pequeños, rodillas abultadas, los ojos oblicuos de color oscuro, hundidos, su mirada ausente parece buscar en su interior el placer del último trago, mientras un gesto de su mano domina los leones, lobos, toros, leopardos que le siguen. El vino ablanda el furor de las fieras, relaciona al hombre con sus enemigos naturales. Luis Culebras se parece a ese Baco poderoso, acortejado, siempre en un plano superior a su corte juerguista ¡Que no haya engaño! En el cuerpo de Luis Culebras la obesidad de Baco se convierte en músculo, sus fibras surgen de la aparente grasa como animales extraños capaces de arrancar cerebros, corazones, los tesoros de la ciudad, la piedra sagrada de los templos,

el velo de una sacerdotisa virginal. Camina despacio, observando. Siempre mira su alrededor como si un peligro lo amenazara. Su seguridad indica: estoy preparado, sus palabras son órdenes, es el último en beber o comer, sus invitados parecen esclavos probadores de posibles envenenamientos. Nadie conoce con exactitud de dónde viene, los datos más cualificados dicen que nació en Cantabria, sus padres lo llevaron al emigrar a la antigua Yugoslavia. Antes de aparecer en Armatierra acompañado de tres prostitutas, inauguró un bar en la carretera de Salamanca. Fue parte de la corte que invadió los plenos de los ayuntamientos, cambió parcelas rusticas por urbanizables, cambió las costumbres y buenos estudiantes, futuros médicos o profesores, dejaron el instituto o la universidad para trabajar en la construcción en busca de dinero y placeres rápidos, los agricultores dejaron sus cereales, sus olivos, sus vides y desaparecieron. Sólo quedaron albañiles, carpinteros, transportistas, fontaneros, ceramistas, electricistas. Durante ocho años, de 2001 a 2009, Luis Culebras y su corte construyeron una utopía basada en el dinero, los apartamentos en urbanizaciones de lujo, campos de golf, de paddle, picaderos, edificios culturales, ampliaron palacios y ayuntamientos.

Recién llegado, en el otoño del 2001, Luis Culebras recibió la visita de un fiscal del Tribunal de la Haya. Lo interrogaron sobre sus actividades en Bosnia durante los años noventa. En varios pueblos de Croacia, cerca de la frontera con Bosnia, madres y padres lo acusaban de cobrar dinero, mucho dinero, para que sus hijos escaparan de la guerra y llegaran a Italia en barcos fletados desde Argel o Patras. Durante varios días el fiscal, el policía que lo acompañaba y Luis Culebras se reunieron en el ayuntamiento de Peñalba. El fiscal interrogó y Luis Culebras respondió. El fiscal pronunció, uno a uno, los nombres de los jóvenes de ambos sexos que habían desaparecido durante el

viaje a Italia que pagaron sus padres. Luis Culebras negó conocerles, negó haber estado en Croacia, en los pueblos que el fiscal nombraba, negó conocer a los hombres y mujeres que lo acusaron, negó haber traficado en alguna ocasión con seres humanos. Rogó al fiscal que les transmitiera sus condolencias a las personas afectadas.

El fiscal y el policía se fueron una mañana de domingo. La guardia civil les acompañó hasta el puerto del Ostión, frontera de Armatierra. Aquella noche Luis Culebras cenó con el señor de Alvaluenga y los alcaldes de Armatierra. Nada había cambiado, rumores sobre su pasado que él se encargó de desmentir, fantasmas de otro mundo que nada tienen que ver con Armatierra y su futuro.

Sin embargo, hubo una novedad. Desde la llegada del fiscal del Tribunal de La Haya un rumor se generalizó en Armatierra: La existencia de un video que implicaba a Luis Culebras en torturas, desapariciones y muertes. Ese video corroboraba las acusaciones del tribunal de La Haya. Nadie testificó haberlo visto. Nadie aseguró que el video existía. Pero su presencia fantasmal se extendió por la comarca con la velocidad de una ventolera que, nacida en las estibaciones de la sierra de Zahoras, corría por el curso de los barrancos hasta destruir los huertos de la zona baja de Peñalba entre maldiciones de jubilados.

Un rumor mostraba su presencia durante la tortura de un joven. Sentado en un sillón desvencijado, una pierna sobre la otra, ambas manos sobre las piernas, gesto serio, expectante e imaginativo, era Luis Culebras quien ordenaba: Golpear allí, más abajo, utilizar el alambre, el soplete. Borrar esos labios delatores.

Otra escena del video mostraba un hotel de la costa rumana. Detrás de Luis Culebras hay a dos muchachas jóvenes,

semidesnudas frente un hombre que cuenta el dinero. Una de las muchachas llora, parece gritar. Luis Culebras la arroja al suelo, la golpea. La muchacha calla.

Un tercero provocó las murmuraciones sobre los oscuros gustos sexuales de Luis Culebras.

Luis Culebras espera en una habitación minimalista, acaso en un hotel. Al fondo hay una ventana enrejada. Cuando la puerta se abre entra una mujer en una silla de ruedas, viste una bata hospitalaria, un joven con uniforme de enfermero empuja la silla. Luis Culebras observa con gesto interesado, algo nervioso. El joven desnudo a la mujer. Su cuerpo está lleno de cicatrices. No tiene piernas y uno de sus brazos acaba en un muñón negruzco. Luis Culebras realiza un movimiento con la cabeza, el joven coge a la mujer y la deposita en el lecho. Después sale cerrando la puerta.

Hubo otras muchas historias y otros tantos videos, ninguno de ellos apareció.

Tras el palacete y su ampliación, los terrenos de Luis Culebras se extienden hasta la sierra de Zahoras con sus escarpados erosionados, fantasmales, reserva de buitres, bosques de alcornoques, robles centenarios. A la izquierda, la meseta donde la finca está situada, pierde altura y, entre terraplenes, termina en los humedales que rodean el pantano Vérdago donde los barrancos de la zona acaban. Tras los humedales está Peñalba, la capital de Armatierra.

La finca son muchas hectáreas de alcornoques, sabinas, robles, algún alimoche y muchos matojos y madrigueras de alimañas, por eso, la caza y las cacerías son abundantes, para Luis Culebras son una demostración de lujo. Su amplia colección de escopetas y rifles de alta precisión lo prueba. Antes fue el entretenimiento favorito de los viejos nobles. La presa más preciada

de la comarca fue un jabalí originario de Armatierra, tiene el pelo negro y espeso y es grande como un asno. Hace años que nadie ve ninguno.

El palacete es de principios del siglo XIX, la piedra y el ladrillo forman un ámbito armonioso y madrileño. La entrada tiene un pórtico que es copia del de La Maison Carrée de Nîmes, encima balcones de rejas retorcidas, negras, con lagartos y flores esmaltados en colores vivos, sobre todo el turquesa. El escudo nobiliario de la familia Alvaluenga, otorgado por el propio Papa después de la primera guerra, en el centro: cinco palomas sobre un torreón herido por el rayo, —un periodista local durante la última república lo explicó: cinco millones de pesetas fue el pago de los Alvaluenga al tesoro vaticano, el rayo sobre el torreón en una nueva vergüenza papal ¡Todo se compra en la Iglesia! —El tejado de pizarra, estilo toscano con una gran terraza donde se intercalan jarrones y esculturas mitológicas, en el centro un Pegaso de alas rotas. A la izquierda del palacete se halla la última ampliación, hortería y grandilocuente. Atilano Fonseca, el antiguo jefe de Álvaro, copió el proyecto de un museo de Tasmania. Fue uno de sus torpes intentos de diseño y engaño, media nave espacial encajonada entre los peñascos de Zahoras con grandes ventanales, color ceniciento, maceteros de metal con formas alienígenas, parasoles de plástico con forma de caracola.

Álvaro condujo hasta la rotonda que hay frente al palacete, una balaustrada de columnas mármol la separan del resto de la finca. Salió del coche. Un sicario bajo, de caminar nervioso, rostro sonrosado y sonrisa fácil, le indicó dónde aparcar.

—Don Luis está cazando.

Álvaro le siguió y entraron en el palacete por una de las puertas laterales. Después de un recibidor decorado con un jarrón esmaltado, cruzamos una sala en penumbra donde se acumulaban los objetos que en el pasado amueblaron, decoraron el palacete. Su techo estaba formado por grandes vigas de sabina trabajadas por los mejores carpinteros de principios del siglo XX. El artesonado era magnífico, dorado, con escenas de caza intercaladas con escenas costumbristas y una floresta fantástica. En un orden difícil de descifrar se intercalaban paneles con el escudo de los Alvaluenga y el papal. Una orla de pan de oro encumbraba a ambos. Sobre una chimenea versallesca, —entonces ya no es chimenea sólo adorno—, colgaba el retrato de la matriarca familiar: Beatriz, mujer gruesa, de gesto adusto, manos y cuello ensortijado, vestida a la moda de las duquesas de Goya, su dedo en lugar de un perro señalaba el palacete de los Alvaluenga. Lo ordenó construir con la promesa de no casarse antes de habitarlo, lo cual le valió diez años de espera, un único hijo parido por una cesárea dolorosa cumplidos los cuarenta. Cuando murió cinco años después aún repetía:

—¡Bien, lo hice bien! ¡Mereció la pena! Cuida este palacio hijo mío, por su culpa y la tuya me abrieron el vientre.

Sobre la repisa retratos de niños sonrientes marcos azules para ellos, rosas para las niñas, gris oscuro para los antiguos. Todos juegan con un aro, saltan a la comba, se columpian. Una hilera de matrioskas rusas, un icono ortodoxo de san Justino y otro de san Honorio. Grandes espejos con marcos de ébano y hadas art-nouveau entre palmas y lunas, sillas a juego, bancos. Escudo nobiliario en bandejas de plata y cubertería, espadas, floretes pistolas de duelos románticos, trajes de fiesta, mantones de manila, porcelana con cupidos rococós sobre pedestales de ágata, centros de mesas, flores secas, algún libro, tocadores, cepillos de nácar, crucifijos de marfil, costureros con reproducción

de 'las hilanderas' o 'el embarque a Citerea de Watteau'. Todo se acumulaba sin orden, señal de otro tiempo, una bonanza que los descendientes de sus creadores nunca volvieron a disfrutar. Un caos creando laberintos. En un recodo la fotografía del bautismo del último Alvaluenga, en ella el obispo de Ávila arroja, gota a gota y con pulso tembloroso, el agua bendita sobre su cabeza, su madre, su madrina con trajes de Balenciaga, su padre y su padrino con trajes oscuros, escudo universitario, gran crucifijo de plata sobre el pecho, los invitados de gala, un monaguillo se toca la nariz, el otro bosteza. En otro recodo, una fotografía la comunión del último Alvaluenga. El mismo obispo de Ávila ofreciéndole la hostia con gesto serio, viejo, cansado, La madre del niño arrodillada a su lado, con las señales evidentes en el cabello del cáncer que la mataría meses después. Su padre, tras ellos, de pie, con las manos juntas sobre su vientre, algo encorvado, la mirada forzada mira a su derecha, al tercer banco tras la puerta del coro, al cuerpo de una dependienta de Galerías Arias, sonriente, con un traje florido, ajustado. En otro recodo, en otra fotografía, al último Alvaluenga se lo ve adolescente paseando por las Tullerías de París, con el uniforme informal del mayo del 68, vaqueros y camisa añil por fuera de los pantalones, zapatillas deportivas, pañuelo al cuello o al rostro, pero limpio, mucho más limpio que los jóvenes parisinos que acumularon, arrojaron adoquines a los policías del general De Gaulle en las calles de París. El último de los Alvaluenga es alto, de porte elegante, en exceso formal a pesar de su vestimenta. El cabello oscuro sigue la moda revolucionaria y cae sobre el lado derecho de su rostro, y lo hace parecer más ovalado de lo que en realidad es, pues a su pesar conserva rasgos de su antepasada, la oronda Doña Beatriz. Sus cejas son finas, trabajadas en elegantes barberías, los ojos aún grandes, algo infantiles, los labios finos, el inferior en exceso grueso cae cuando ríe, parece babear. A su lado

se abraza una muchacha sonriente de generoso escote y ajustada y corta falda, en la mano lleva un cartel: 'Viva el amor libre' 'La imaginación al poder'. En otro recodo y en otra fotografía: el día de su boda con la hija de un noble abulense. Ya no está el antiguo obispo de Ávila, jubilado o muerto. Otro más joven, pero con idéntica vestimenta a la de su antecesor les entrega las arras, ordena que intercambien los anillos y se cojan de la mano. Tras el obispo canta un grupo de niños, un grupo de cámara tocan sus violonchelos y violines. Tras los futuros esposos está el padre del novio con su nueva mujer, una joven rubia, de rostro sensual y un vientre de embarazada, también ella viste su antiguo vestido florido. Están los padres de la novia, la madre es gruesa, el vestido demasiado corto, incapaz de ocultar unas rodillas malformadas, las varices de las piernas. Su rostro, como las máscaras funerarias o carnavalescas y venecianas, parece esculpido para la boda y al igual que la carroza de la cenicienta amenaza con desaparecer en cualquier momento mostrando sus arrugas originales, las manchas que nunca desaparecen a pesar de las limpiezas, cremas o tónicos. El padre viste chaqué oscuro, su altura es semejante al de su mujer, su rostro severo afirma constante las palabras del obispo, como si de un eco cavernoso se tratara. En otro recodo y en otra fotografía: el último de los Alvaluenga preside el funeral de su esposa, fallecida junto a su hijo en el parto. A su lado el obispo que los casó apoya la mano en su hombro. De los personajes conocidos sólo subsiste el padre de la fallecida, a su lado, el gobernador de Ávila. Tras el ataúd de madera con incrustaciones de bronce y crucifijo dorado dos monaguillos juegan a los chinos, la fotografía es certera: uno de ellos saca dos y el otro uno. En otro recodo el último de los Alvaluenga se fotografió a la entrada del palacete familiar, mayor, enflaquecido, apoyando su cuerpo en un bastón, junto a los macetones cuyos árboles informan que estamos en

otoño, luce recibiendo a los constructores, alcaldes, concejales, banqueros con un discurso, se le ve leyendo las notas, habla de la prosperidad de Armatierra, de la necesidad de nuevas inversiones, acabar las obras detenidas, ofrecer esperanzas a los miles de jóvenes en paro, ellos pierden su juventud en botellones y noches en las pozas de los barrancos de Zahoras, pierden el futuro de Armatierra, de todas las personas que aman esta tierra, que por ella arriesgaron la fortuna en inversiones inmobiliarias. Es la última de sus fotografías y fue hecha en el año 2011. En el último recodo las notas de su discurso inútil.

Tras el retrato de Doña Beatriz, en una habitación adosada a la sala y sobre un piso de mármoles italianos, permanecía el perfil hecho por la guardia civil, dibujo en tiza del cadáver del último Alvaluenga, boca arriba como un crucificado, una mano se separaba del cuerpo, señalando el lecho donde se encontró abundante sangre, la otra señala su sien, el lugar por donde entró la bala. Luis Culebras impidió borrarlo. mantiene el dibujo como un recuerdo más de una época vencida. Sus clientes se muestran interesados por él, incluso brindan a la salud del muerto.

Al llegar al salón el sicario repitió:

—Don Luis Culebras está cazando —y dejó solo a Álvaro.

El tamaño del salón era considerable. Fue parte de la planta baja del antiguo palacete y una buena parte de su ampliación. Atilano Fonseca ordenó quitar las columnas de toque prerrafaelista con capiteles de hojas de acanto y los relieves de cupidos y ninfas persiguiéndose sobre fondo azul claro, las lámparas de cristal de Murano con reflejos rosas y los estucos con formas de unicornios y grifos. Después sólo quedó espacio, mucho espacio relleno con sofás, sillones, mesas, sillas, televisor, equipo de

música, esculturas de hierro y mármol, todas pulidas, semejantes a espejos. En uno de los muros había una pantalla de cine, era gigantesca y aún conservaba el reflejo y el calor de una emisión reciente. A su derecha una máquina expendedora de bebidas. Sobre cada columna un dibujo de la bebida, abajo el precio. Álvaro se acercó, miró con atención las coca colas amontonadas acaso preguntándose si serían necesarias las monedas.

—¿Tienes dinero? —La voz de mujer provino de uno de sofás. Álvaro caminó hasta él y vio levantarse una cabeza, el cabello oscuro, muy oscuro, el perfil aguileño, enflaquecido en exceso, los huesos de las sienes, pómulos, mentón parecían surgir como esqueletos ajenos a la carne que sostenían, como un ser encerrado en piel y carne ajena. Durante un instante creyó conocerla, incluso buscó un nombre y un lugar ¡Fue inútil! La mujer tocó su nariz, la frotó y el aire se llenó con un polvo blanco que, lento, cayó al suelo sin dejar huella. La mujer, después de suspirar con fuerza, observó a Álvaro detenidamente, sin expresión, como si contemplara una imagen lejana, de la que la separaran mares, países, puentes, barrancos, años, alguien a quien jamás tuviera que conocer, saludar. Alborotó su cabello con ambas manos, —siempre lo hará—, y humedeció sus labios, los mordisqueó hasta la hinchazón, hasta parecer más amplios.

—¿Tendré que follar contigo? —Pareció esperar la respuesta de Álvaro, pero no cambió su mirada de desinterés —¡Responde, joder! —Esbozó un gesto de impaciencia como una niña en una pastelería en espera de su caramelo favorito.

—Vengo a ver a Don Luis Culebras. Me prometió un empleo.

La mujer volvió a mirarlo. Su gesto no cambió, si acaso un poco de desprecio o alivio. Se inclinó sobre la mesa. Dos segundos. Al incorporarse el polvo blanco la envolvió.

—No pareces muy fuerte. Las putas se divertirán.

Álvaro quedó paralizado, incapaz de pedir explicaciones. Cuando tuvo valor para hacerlo, un grito le interrumpió.

—¡Álvaro! ¡Álvaro Olivar! Ven aquí ¡Joder! —Era Luis Culebras quien gritó desde el otro lado de los ventanales y mientras empuñaba el teléfono con la mano derecha. Su rostro estaba tenso, expectante, algo violento, como si esperase una noticia única, de la que dependiese su vida o su fortuna y tras la cual sólo fuese posible la algarabía sin límite o el suicidio. Los músculos de su rostro parecían adaptarse a esa espera, marcaban líneas en las sienes, dibujaban venas en los pómulos, delimitaban el mentón. Su mano libre dibujaba amenazas en el cielo raso, sin nubes. El sol de la tarde aún permanecía cálido, como si él también esperase la llegada de la noticia.

—Si alguno de vosotros le mata se acordará de mí. —Gritó por el teléfono—. Prometo llenar de cicatrices su cara y su pito. Ni siquiera las putas se acercarán a él ¡Os lo juro!

Álvaro observó el horizonte hacía el que Luis Culebras dirigía su furia. Sólo era perceptible una nube de polvo, tras ella las primeras cimas de la sierra de Zahoras. De repente se escuchó el leve sonido de un motor: Alguien abrió totalmente las puertas de cristal que separaban el salón de la piscina y del resto de la finca. Luis Culebras subió a una tumbona, sus piernas abiertas oscilaron sobre los apoya manos, miró con fuerza el horizonte, miró después a Álvaro y volvió a gritar.

—¡Álvaro, Álvaro! ¡Joder! Por fin apareces. Te creí despenado en un barranco y devorado por algún jabalí —Su mirada apenas se detuvo en Álvaro—, volvió expectante al horizonte. Se bajó de la hamaca de un salto, una baldosa tembló y se dejó caer sobre la hamaca.

Luis Culebras vestía un bañador corto de color verde, se ajustaba a sus enormes piernas como cadenas a esclavos en un viaje transatlántico. Adornaba su pecho y cuello con un grueso collar dorado, las gafas sobre la frente ocultaban la línea de su cabello encrespado imitando la actitud de un gigoló en la rivera italiana. Su cuerpo tenía el moreno dorado y falso de las máquinas de bronceado y dejaban entrever líneas irregulares de color carne pálida. A sus pies dos zapatillas de cuero. Con su mano libre agarró un vaso largo de contenido oscuro lleno de hielo, dio buenos sorbos. Se relamía. Miró al cielo con gozo durante el instante en el que el líquido bajaba por su garganta. Tras él una toalla y un albornoz. A su derecha un fusil de cazador con telescopio, su culata era plateada, tenía el dibujo de un ciervo medio borrado y el gatillo era de color rojo fosforescente, una señal visible desde lejos, desde la oscuridad más penetrante. Luis Culebras lo acariciaba con su otra mano. Sobre la mesa el teléfono continuó parpadeando con una luz ámbar.

Luis Culebras observó a Álvaro de forma intermitente, sin mostrar el interés o acaso el fastidio que mostraron hace un segundo sus gritos de saludo. Un espeso seto y varios cipreses enanos bordeaban la piscina lateralmente. Hasta hacía unos años fue un estanque con fuente interior y estatuilla amorosa y broncea. Doña Beatriz lo adornó con un cisne negro del Danubio, regalo del embajador húngaro. La soledad le mató. Eso fue lo que pregonaron con gusto los criados. La soledad provocó el suicidio. El cisne, nocturno y meditabundo, se hirió, picotazo a picotazo, en la base del cuello hasta morir, como si se supiese heredero de una tradición de suicidas desheredados por amor o sufriera un exceso de ballets. Doña Beatriz no hizo nada por impedirlo. Cuando se le avisó de la muerte del ave, murmuró: —Es el destino de los enamorados. Poetas, dramaturgos, músicos todos tienden a derramar su sangre. El arte lo corrobora.

Al final y al principio del seto había unos rosales sin flor y un pedestal vacío con el cemento áspero donde antes descansaba una figura o un jarrón. El corte de los setos era irregular, en los extremos ridículamente bajos. Nada quedaba de la otrora perfecta regularidad del palacete que fuera de Doña Beatriz de Alvaluenga, de los setos como fondo y escondite para los largos diálogos amorosos, educativos o religiosos ni la perfección ni el erial. Desde que Luis Culebras lo compró, quizás años antes, desde la ruina del último de los Alvaluenga todo era apariencia, una línea irregular, una insinuación verdosa marcaba los espacios, separaba el palacete del lugar de las tumbonas, el sitio donde se recibían invitados, las sombrillas, la mesa con las bebidas, la barbacoa, sus rejillas y su siniestra chimenea de metal, el camino de los criados. Sólo la línea de la piscina parecía real gracias al agua azul turquesa.

A la frente sólo tierra baldía hasta la sierra de Zahoras. La vista desde las puertas del palacete parecía infinita, sin un horizonte que la limitase, un espacio inabarcable, caminos donde perderse, roquedales, peñascos arrojados al azar por una fuerza de gigante, cardos, muchos cardos, ningún arroyo, ni río, ni fuente. Ruinas de antiguos corrales, casetas de pastores con sus desaparecidos techos de leña y paja, abrevaderos de madera y yeso, todo ello restos de un mundo de bonanza, exportación de corderos, libras, marcos, francos en las cajas fuertes de los terratenientes. Un mundo ajeno al de su actual propietario. Luis Culebras no lo eligió por gusto personal o por una necesidad ancestral de enfrentarse todas las mañanas a un mundo, antaño explotado y hoy vacío para experimentar la necesidad de sobrevivir con la carga de una historia y de una familia, un pasado incorrupto, amigo de pontífices y reyes. Luis Culebras lo eligió por la seguridad de hallarse fuera de los caminos cotidianos, alejado de la senda de autoridades, excursionistas, ornitólogos